

LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V

BARCELONA 8 DE NOVIEMBRE DE 1886

NUM. 254

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



MONTAÑESA CATALANA, cuadro de J. M. Marqués

SUMARIO

TEXTO. — *Nuestros grabados.* — *La fuerza del miedo.* — *La posdata,* por don Félix Rey. — *Hispania y Silvia* (conclusión), por don José Torres y Reina. — *La explotación de las minas en el transcurso de los siglos,* por W. de Fonvielle.

GRABADOS. — *Montañesa catalana,* cuadro de J. M. Marqués. — *Beduinos en descubierta,* cuadro de A. Schreyer. — *Goces maternales,* cuadro de E. Lancerotto. — *El barbero,* cuadro de A. Jiménez. — *Un paseo en Roma,* cuadro de J. Echeña. — *Corte de una mina moderna de hulla, de varios pisos.* — *El apartado del carbón en Decazeville.*

NUESTROS GRABADOS

MONTAÑESA CATALANA, cuadro de J. Marqués

Cada nuevo cuadro que brota del pincel de nuestro joven y distinguido compatriota es una cumplida muestra de sus adelantos en el difícil arte que con tanto entusiasmo profesa. Dedicándose con cierta predilección a reproducir en sus lienzos tipos genuinamente españoles, ha llegado a adquirir tal perfección que basta contemplarlos para conocer al punto la región a que pertenecen. No puede desconocerse en la joven de nuestro grabado, que ha respirado desde su niñez las frescas y puras brisas del Montseny; tan pura y fresca como ellas, reúne a la natural belleza de la montañesa catalana, la vigorosa complexión y el saludable aspecto que le comunica el medio ambiente en que transcurre su tranquila y sencilla existencia.

Del artista y de su estilo, hemos dicho ya lo suficiente en otros números de nuestro periódico: el bello cuadro que hoy reproducimos contribuye de nuevo a confirmar nuestras apreciaciones.

BEDUÍNOS EN DESCUBIERTA, cuadro de A. Schreyer

La contemplación de este bello cuadro nos traslada mentalmente a esos áridos países del Norte de África ó de la Siria donde el atezado hijo del desierto vive con entera y salvaje independencia. Su tienda, su corcel, sus armas y sus ganados constituyen toda su hacienda, con los cuales poco trabajo le cuesta trasladarse de un punto a otro en su nómada existencia, mil veces preferible para él a la suntuosidad y opulencia de los alcázares asiáticos. De vez en cuando, pero sólo transitoriamente por no ver su libertad jamás coartada, directa ni indirectamente, presta su apoyo material a alguna de las naciones musulmicas en guerra, y entonces ese hijo del desierto, veloz y ágil como veloces y ágiles son sus fogosos corceles de pura raza árabe, y experto además en todo género de ardid de guerra, presta inapreciables servicios, sobre todo en los reconocimientos y descubiertas, para los que no tiene igual.

El aventajado artista alemán A. Schreyer ha representado en su lienzo un grupo de estos indomables jinetes que practican un reconocimiento por país enemigo. Las figuras de este cuadro no son producto de la imaginación, sino copias fidedélicas y exactas del natural, trazadas con el vigor y con la energía indispensables tratándose de unos tipos en que todo es energía y vigor y en cuyos curtidos rostros se adivina el fuego de la sangre árabe que circula por sus venas. La figura principal, especialmente, es un modelo de correcto dibujo y de admirable colorido que ha valido justos plácemes a su autor.

GOCES MATERNALES, cuadro de E. Lancerotto

Egisto Lancerotto es un distinguido pintor italiano, cuya fértil imaginación se revela en las escenas y asuntos, siempre simpáticos, de sus cuadros, así como en la asombrosa facilidad con que compone y ejecuta cuadros de género, y más especialmente tipos venecianos.

Las composiciones de este artista no requieren por lo general explicación alguna: la evidencia es la cualidad más culminante que en ellas campea. Así sucede con el cuadro *Goces maternales* que reproducimos, que presentado en la reciente Exposición de Brera, ha conquistado las simpatías de los inteligentes, pues así las figuras principales como los accesorios están tratados con singular habilidad y delicadeza.

EL BARBERO, cuadro de A. Jiménez

Dos grupos constituyen este precioso lienzo, grupos admirables de naturalidad, ó mejor dicho, de realismo tal como nosotros lo entendemos. El de la izquierda representa varios parroquianos de la barbería, que reunidos en aquel *establecimiento público* para matar el tiempo, juegan una partida de dominó, que debe ser muy empeñada á juzgar por la atención que contrincantes y mirones prestan á las jugadas. En el de la derecha, el *Figaro* riza el pelo, ó mejor dicho abraza el cráneo á un infeliz, pues distraído con las observaciones de un individuo del primer grupo, no observa que los candentes hierros han tomado una dirección contraria.

La escena en su conjunto es eminentemente típica; los personajes están felizmente agrupados; tanto los trajes como los accesorios son de un carácter de época y local irreprochables, y el lienzo en su totalidad cautiva agradablemente la vista y hace tributar un justo aplauso á su distinguido autor.

UN PASEO EN ROMA, cuadro de J. Echeña

Echeña es ya conocido de nuestros lectores. Recientemente hemos tenido ocasión de reproducir algunas de sus obras, en las cuales se habrán podido apreciar las aptitudes artísticas de este joven pintor. El grabado que hoy insertamos es una prueba más de sus adelantos y de la facilidad con que trata las sencillas escenas de la vida social.

En este nuevo cuadro, además de presentar uno de los continuos contrastes que ofrece la existencia, entre la pobreza de la florista romana y la opulencia de las damas que arrellanadas en lujosa carretela le compran su olorosa mercancía, son de admirar bien entendidos efectos de perspectiva, viéndose en primer término las figuras de aquel grupo, en segundo las espesuras de árboles, y en tercero, el panorama de la ciudad eterna cuyos edificios y cúpulas se destacan sobre un cielo limpio y sereno.

El acierto con que el cuadro, así en sus detalles como en su conjunto, está ejecutado es digno de aplauso, y nosotros se lo enviamos muy sincero á nuestro inteligente compatriota.

LA FUERZA DEL MIEDO

La misma conciencia acusa.
(MORETO)

Lucas Villalosa había entrado en un presidio cuando aun no llegaba á los quince años y había salido cuando pasaba ya de los veinticinco. Su ingreso en la *casa grande* se había debido á un incidente en que tenían una peque-

ña parte la criminalidad y otra bastante mayor su inexperiencia y la mala suerte; pero lo cierto es que una vez dentro de ella se las había compuesto de modo que á la pena de diez y ocho meses y un día, que tal vez con poca benignidad se le había impuesto, fué acumulando otras que formaron un total de diez años largos de talle.

Cuando le llevaron allí estaba en camino de llegar á ser un buen maestro de carpintero; pero en cambio cuando le pusieron en la calle no poseía otros beneficios que la poco lucrativa industria de fabricar mondadientes llenos de flores talladas á navaja y el apodo del *Garduño*, que casi le había hecho olvidar su propio nombre.

En medio de tales contras tenía una ventaja: la de que la edad le había trasformado tan por completo que nadie hubiera podido reconocer en el *Garduño* á Lucas Villalosa. Esto cuando no se tienen las mejores referencias y cuando hay que presentar en caso de apuro documentos en que no se ha olvidado hacer constar la hospitalidad dispensada por el Estado, puede llegar á ser un bien inapreciable.

Nuestro héroe lo comprendió así y desde el primer momento decidió renunciar al honor que los timbres de los Villalosa pudieran proporcionarle, y no queriendo hacer ostentación tampoco del significativo alias con que se le había confirmado en el presidio, optó por escoger un nombre cualquiera que pudiera ser más ó menos noble, según lo exigieran las circunstancias.

Con esto quedaba resuelto el problema de poder presentarse en cualquier parte sin exponerse á indiscretas indagatorias; pero el que quedaba por resolver era el de pasar la existencia con los escasos reales de su masita, sobre todo cuando no se tiene oficio ni beneficio y cuando se siente un invencible horror á todo lo que sea trabajo y privaciones.

Lo de que nadie es profeta en su patria debía ser letra muerta para el ex-Lucas Villalosa, puesto que después de entrar en cuentas consigo mismo se dirigió, por supuesto sin encontrarse muy embarazado por el equipaje, al pueblo en que le cupo en suerte nacer, y que era una no muy populosa aldea de la provincia de Palencia, de cuyo nombre no es que no quiera acordarme, sino que por más que hago no puedo hacer memoria de cómo se llama.

¿Cuál era el propósito que allí le guiaba? Todavía no estaba completamente definido en las tenebrosidades de su cerebro. Pero en lo primero que había pensado era en que así como á su modestia le convenía no ser conocido, á sus talentos prácticos le era necesario saber las circunstancias de las gentes con quienes pudiera tener que entenderse.

Sin documentos que acreditaran su personalidad, sin dinero y sin relaciones, hizo durante algunos días una verdadera existencia de vagabundo; pero en medio de aquellas penalidades proseguía el trabajo de orientación que era el principal móvil que le había impulsado á emprender aquel viaje.

Al cabo de algún tiempo la vista de una casita blanca, que casi se ocultaba entre el doblado ramaje que rebasaba las tapias de un extenso huerto, fué despertando sus recuerdos y concluyó por evocar en su mente la memoria de la familia propietaria de tan bellísima finca.

Aquella familia se componía en los tiempos de la infancia de nuestro héroe de un matrimonio sin hijos, y *Garduño* recordaba que especialmente el marido tenía reputación de ser tan rico como avaro.

En la época en que Lucas le había conocido frisaría el tío *Miseria*, que por tal nombre era conocido el propietario, en los cuarenta años, y su temperamento robusto, así como el metódico plan de vida que observaba, hacia creer que los cincuenta y cinco próximamente que ahora debía tener habrían hecho poca mella en su complexión.

Lucas le conocía bien. En sus primeros años había desempeñado una temporada el oficio de criado de aquella casa y por esta razón estaba al corriente tanto de sus entradas y salidas como de las costumbres de los dueños.

Sabía que la ancha puerta que daba al camino era alta y estaba defendida por sólidos cerrojos; no ignoraba que las bardas del huerto estaban erizadas de agudos trozos de vidrio; pero tampoco había escapado á su observación que los árboles del exterior debían haber crecido lo suficiente para enlazarse con los de dentro y saltando de uno en otro no era difícil encontrarse en el jardín. Sabía además que una vez en él no era difícil franquear la cocina y que de esta pieza á la habitación del tío *Miseria* no había que salvar más que una empinada escalera, cerrada sí con doble llave, pero escondida esta en una hornacina que existía detrás del hogar.

En la habitación del tío *Miseria* no había entrado nunca; mas como había tenido muy buen cuidado de observar por las rendijas cuando barría las piezas inmediatas, recordaba vagamente el lecho colocado en el fondo, las toscas sillas de castaño sobre las cuales el propietario dejaba la ropa y especialmente el sólido armario de encina en que estaban encerrados ciertos talegos repletos de peluconas, que según contaba la fama constituían todo el recreo del avaro.

Desde el momento en que tales recuerdos se despertaron en la mente del licenciado de presidio, todas sus ilusiones se cifraron en aquellos sacos, que lógicamente debían haber aumentado en número y en volumen con el tiempo transcurrido. Pero ¿viviría todavía el tío *Miseria*? ¿No habría pasado la finca á otro propietario? Nada más fácil que informarse de estos detalles; pero para ello era necesario preguntar y una pregunta es siempre un hilo suelto que puede en su día conducir hasta el ovillo. Lucas prefirió tomar por sí mismo las noticias que deseaba.

Para ello lo primero que hizo fué aguardar á que las sombras de la noche impidieran que nadie pudiera verle dirigirse á la casa, que distaba más de tres cuartos de legua del pueblo. Una vez en las inmediaciones escuchó en el silencio y los ecos no llevaron hasta su oído más que los lejanos aullidos de un perro de ganado.

Entonces observando con atención los árboles del contorno se fijó en uno cuyas copudas ramas le ofrecían un asilo impenetrable y desde el cual le era fácil no sólo observar cuanto pasaba en el huerto, sino penetrar en él cuando lo tuviera por conveniente.

Con la agilidad de un gato trepó por el nudoso tronco y pasando de rama á rama no tardó en encontrar un lecho si no muy cómodo, lo suficientemente seguro para dormir hasta que los primeros albos de la mañana le permitieran comenzar sus investigaciones.

Rendido por la fatiga, su primer sueño fué tan tranquilo como el de Napoleón en la vispera de Austerlitz. Sin embargo faltaban todavía bastantes horas para amanecer cuando se despertó acosado, no por el sobresalto ni lo incómodo de la cama, sino por las exigencias del estómago.

Instintivamente se registró los bolsillos de la blusa, pero la especie de fiebre que desde la mañana se había apoderado de él le había hecho olvidar el cuidado de atender á su vitualaje y todo lo que halló fueron unos mendrugos de pan de centeno.

Pasar al huerto inmediato tenía para él dos ventajas; la de proveerse de algunas frutas y la de ensayar el camino, para el caso de convenirle introducirse en la casa. Volvió á escuchar atentamente, se enderezó en la rama en que reposaba con objeto de devolver la elasticidad á sus músculos y pocos momentos después daba la vuelta á su escondrijo vitualado ya con unas cuantas peras y manzanas que á buena cuenta había tomado del huerto de su antiguo amo.

Hecho esto cenó parcamente y volvió á dormirse. Aquella vez los rayos del sol fueron los que le despertaron.

La primera cosa que vio á través de las ramas del hospitalario árbol fué al tío *Miseria*, que acababa de levantarse y daba pacientemente de comer á sus gallinas. Una sonrisa de satisfacción se pintó en el rostro de Lucas, pero aquella sonrisa no tardó mucho en cambiarse en un gesto de espanto.

El tío *Miseria* acababa de pasar por debajo de un peral y reparando que faltaban dos peras lanzó maquinalmente una mirada de desconfianza hacia los muros del jardín y á los árboles del exterior. Parecía temer la presencia de un ladrón, pero el aspecto de las bardas erizadas de fragmentos puntiagudos de botellas rotas debió tranquilizarle, puesto que encogiéndose de hombros se contentó con decir:

— No es posible!

Sin embargo aquel incidente debía tenerle inquieto y deseando asegurarse gritó con voz de trueno:

— Lucas!

Villalosa se estremeció al oír aquel nombre y sólo tuvo fuerzas para mirar con más atención al lugar de la escena. Entonces vio que la puerta de la cocina se abría y que de ella salía un muchacho como de trece á catorce años rubio como unas candelas.

El sobresalto del ex-presidario fué todavía mayor. Por un momento se creyó trasportado á los tiempos de su infancia y una terrible alucinación llegó á hacerle creer que aquel Lucas era él mismo. Esto no obstante el sentimiento de la realidad le hizo volver en su acuerdo y comprendió que aquello no era más que una coincidencia de nombre.

— Lucas, — dijo el tío *Miseria*, — tú me has robado dos peras.

— Señor, — respondió el muchacho azorado, — le juro á usted que no. ¿No recuerda que acabo de volver del campo con la vaca y que V. mismo ha sido quien me ha abierto la puerta?

El tío *Miseria* no pareció quedar muy satisfecho de aquellas razones; pero prefiriendo sin duda aquel hurto á una tentativa más seria, se contentó con agarrar á Lucas por una oreja y entrar con él en la casa.

Durante el resto del día Villalosa no hizo más que una averiguación importante.

Un breve diálogo del propietario con su homónimo le puso en autos de que la mujer del tío *Miseria* había muerto hacia algunos años después de haber estado baldada por espacio de largos meses.

— Bueno, — pensó nuestro héroe, — esto es más cómodo.

Una cosa le inquietaba no más. ¿Saldría aquella noche el chiquillo al campo? Todo parecía indicar que no. En tal caso ¿en qué parte de la casa dormiría? ¿Será preciso pasar sobre él para subir allá arriba?

— Tanto peor para él, — se dijo *Garduño*; — de todos modos es preciso tener desembarazado el camino.

Cuando pensaba esto la noche había ido extendiendo poco á poco su negro manto sobre la tierra y *Garduño* no distinguía ya nada de cuanto tenía á sus pies. Sólo las estrellas brillaban á trechos entre los intersticios de las ramas.

A las nueve una claridad rojiza se dejó escapar de las ventanas del segundo piso. Sin duda alguna el tío *Miseria* pasaba revista á sus peluconas según su costumbre.

A las diez la luz se extinguió. Las horas se hacían interminables. A las once todo dormía. Había llegado el momento. Lucas Villalosa se dejó desprender de rama en rama y se encontró en el centro del huerto.

Allí esperó todavía algunos minutos, después se des-

calzó y comenzó á practicar un reconocimiento, que sólo le dió por resultado el hallazgo de una piocha. Hecho esto sacó una navaja de uno de los bolsillos de la blusa y con ella le fué tarea fácil descerrajar la puerta de la cocina.

Una vez dentro buscó á tientas y al poco tiempo su mano tropezó con una linterna.

— Esto era lo que buscaba, — murmuró, — y sacando un fósforo que encendió contra el muro dió luz á la mecha.

Ni sus recuerdos le habían engañado ni las costumbres de aquella casa parecían haberse modificado en lo más mínimo. La llave se hallaba en el sitio de costumbre.

Debajo del vano de la escalera había una pequeña puerta que Lucas recordó ser la del zaquizamí en que en otro tiempo había dormido. Una instintiva curiosidad le hizo levantar el pestillo. Un ruido dulce y acompasado anunciaba que su homónimo descansaba allí.

El ex-presidiario se aproximó al lecho aferrando vigorosamente la piocha; pero cuando ya la levantaba sobre la cabeza del muchacho la bajó de pronto murmurando:

— Bah! Ronca demasiado fuerte. Estas cosas no despiertan á los chicos. Cuando yo ocupaba su puesto, ni un cañonazo me hubiera hecho abrir los ojos.

Y volviendo á entornar aquella puerta abrió la de la escalera sin producir el más leve ruido. Al segundo escalon se detuvo un momento: los peldaños crujían bajo sus pies desnudos. En cuanto se paró no volvió á oírse otro ruido que el de los ronquidos del muchacho.

— Animo, — se dijo, — un esfuerzo y estamos al lado del viejo. Si este durmiese con tanta tranquilidad como ese arripiezo de ahí abajo la cosa se simplificaría; pero tiene el oído fino y no duerme más que con un ojo. Fuerza es que esta herramienta haga su oficio.

Diciendo esto aferró la piocha y ya con menos precauciones empujó la puerta de la alcoba del tío *Miseria*. El rayo de luz que penetró en la estancia, despertó al avaro que se incorporó de un salto en el lecho.

Un grito espantoso iba á salir de su garganta indudablemente, pero los músculos de Lucas tenían una agilidad prodigiosa y antes de que pudiera articular un sonido la piocha cayó pesadamente sobre su cráneo.

Los dos golpes que siguieron á aquel fueron pura medida de precaución: desde el primero el tío *Miseria* había caído exánime.

Todo marchaba á pedir de boca, sólo faltaba descerrajar el armario y para ello le bastó emplear con habilidad la navaja. El armario quedó abierto de par en par. En una de sus tablas reposaban tres repletos sacos.

Si Lucas hubiera estado más tranquilo, una rápida inspección le hubiera bastado para comprender que sus esperanzas habían sido defraudadas. Aquellos talegos no contenían más que monedas de cobre; pero en su premura se creyó satisfecho y no hizo más que aferrárselos con una cuerda debajo de la blusa.

Entre tanto un temor instintivo le había hecho no apartar los ojos del cadáver. El solo instante en que había dejado de mirarle para abrir el armario se había sentido presa de un horror inaudito.

Andando siempre de espaldas llegó hasta la puerta que se había cerrado por su propio impulso, y haciendo un poderoso esfuerzo para abrirla y huir, apartó los ojos de su víctima y los clavó en el muro opuesto.

Un grito de horror se ahogó en su garganta, sus piernas flaquearon y estuvo á punto de caer. Delante de él había un hombre.

Sin fijarse en que aquel testigo importuno estaba vestido como él, sin reparar en que también tenía una piocha en una mano y una linterna en la otra, Lucas no tuvo más que una idea: matarle. El miedo da á veces un valor temerario, y sin reflexionar que aquel hombre pudiera defenderse se lanzó á él y descargó sobre su cabeza la piocha con una fuerza de titán. En vez del ruido mate de un cráneo que se rompe, lo que se produjo fué el estridente trepidar de un cristal que se quiebra.

Lucas había herido á su propia imagen reflejada en un espejo, que ocultaba un cuchitril en que el viejo tío *Miseria* guardaba su verdadero tesoro.

Lo poderoso del esfuerzo, el peso de los sacos que llevaba colgados del cuerpo y el supersticioso temor que de él se había apoderado hicieron que Lucas Villalosa cayera de boca sobre la quebrada luna.

Entretanto el muchacho despertado por el ruido, creyendo que el tío *Miseria* se había puesto enfermo, acudió con una luz; pero al llegar á la estancia cayó sin conocimiento.

Cuando á la mañana siguiente penetró la justicia en aquella estancia, encontró un lago de sangre en el que se descubría al tío *Miseria* horriblemente mutilado. En uno de los muros había un agujero circundado de agudas puntas de cristal por el que un hombre, que tenía una piocha en la mano, había pasado la cabeza. Una de sus yugulares dividida por el cristal había lanzado cinco ó seis borbotones de sangre sobre el papel amarillento del muro. En el ángulo más negro de la estancia, se veía un muchacho en cuclillas, con los ojos desmesuradamente abiertos y los cabellos erizados. A las preguntas que se le dirigían sólo contestaba con una espantosa carcajada.

El infeliz se había quedado idiota.

— El crimen no queda nunca sin castigo, — dijo sentenciosamente el juez mostrando al asesino.

Si el pequeño Lucas, que había subido lleno de interés á socorrer á su amo, hubiera podido hablar, de seguro hubiera añadido:

— Pero no siempre es la virtud recompensada.

LA POSDATA

(Imitación de Emilio Augier)

POR D. FÉLIX REY

PERSONAJES: CLOTILDE Y RICARDO

Madrid, época actual.—Gabinete elegantemente amueblado. Una puerta en el fondo y otra á la izquierda del actor. A la derecha, una chimenea. Mesa en el centro de la escena, etc.

ESCENA PRIMERA

Clotilde, de bata y con el cabello empolvado, está sentada cerca de la chimenea leyendo un libro. — Ricardo entra por la puerta del fondo.

RICARDO Perdone V., vecina, que me presente sin anunciarme... La doncella ha cumplido con su deber, me ha asegurado que no estaba V. para nadie en casa; pero yo he hecho valer mi calidad de casero y no ha podido menos de dejarme pasar.

CLOTILDE Pues una vez que la cosa no tiene remedio, siéntese usted.

RICARDO Obedezco.

CLOTILDE Siéntese V. y ayúdeme á esperar.

RICARDO ¿La llegada del carnaval? Con mucho gusto; estamos en noviembre...

CLOTILDE ¿Lo dice V. por mi cabello empolvado? Me he lavado hoy la cabeza y me he puesto polvos para que la humedad desaparezca antes. Ya tiene V. satisfecha su curiosidad.

RICARDO (De cualquier modo que se arregle, resulta encantadora esta mujer.)

CLOTILDE Satisfaga V. la mía ahora. ¿A qué viene á verme el casero tan de mañana? ¿Va V. á subirme el cuarto?

RICARDO Por desgracia se trata de algo más importante: voy á suplicar á V. que le deje libre...

CLOTILDE Supongo que se chancea usted...

RICARDO Señora, he comenzado por decirle á V. que venía aquí hoy no como amigo sino como propietario. Según nuestro contrato, debemos avisarnos recíprocamente con tres meses de anticipación si V. quiere dejar la casa ó si yo necesito disponer de ella; estamos á últimos de mes y...

CLOTILDE Pero para ponerme en la calle con tanta prisa y tan poca caridad tendrá V. algún motivo.

RICARDO Es posible.

CLOTILDE ¿Nada más que posible?

RICARDO ¿Puede V. escucharme con algún despacio?

CLOTILDE ¿Tanto necesita V. hablar?

RICARDO Un poco. Dispense V. si la hablo de mí mismo... Huérfano á los veinticinco años...

CLOTILDE ¿Va V. á hacerme su biografía? ¿Por qué pasa usted por alto su infancia, que es la edad más interesante?

RICARDO Si lo toma V. en ese tono...

CLOTILDE Ya estoy seria otra vez. Huérfano á los veinticinco años...

RICARDO He sido desde muy joven dueño absoluto de mi libertad y de mi fortuna. Sin tratar de presentarme á los ojos de V. como un modelo de virtud...

CLOTILDE Ruego á V. que suprima todo detalle que no sea imprescindible.

RICARDO Iba precisamente á decir que la vida del calavera no ha sido nunca de mi gusto y que hace años que la idea de casarme ha llegado á ser para mí una verdadera idea fija. Por desdicha me hallo ya lejos de la edad en que se casa uno con los ojos cerrados y durante mucho tiempo he buscado en balde mi media naranja.

CLOTILDE Eso equivale á decir que al cabo la ha encontrado usted.

RICARDO Sí, señora; pero ignoro aún...

CLOTILDE Si será V. correspondido.

RICARDO Precisamente.

CLOTILDE Pues eso, ¿cómo se puede dudar? V. es un hombre que reúne estimabilísimas prendas y si no se presenta V. á su bella como casero, en cuyo caso es posible que lo eche todo á perder... Pero creo que nos apartamos de nuestro asunto.

RICARDO Al contrario, estamos más dentro de él que nunca. Mientras yo permanezca soltero puedo vivir sin dificultad en el entresuelito que ocupo ahora; pero una vez casado...

CLOTILDE Comprendo, comprendo; mi cuarto es para la señora de usted.

RICARDO Esa es mi idea.

CLOTILDE No puede negarse que el motivo en que V. se funda para despedirme es poderoso. Pero aparte de las molestias que toda mudanza trae consigo, crea V. que abandonaré con sentimiento esta casa... Estaba ya tan acostumbrada á ella...

RICARDO Pues no se vaya usted...

CLOTILDE ¿Cómo!...

RICARDO Continué V. habitándola.

CLOTILDE ¿Y su señora de usted?

RICARDO Mi señora no tendrá nada que oponer con tal...

CLOTILDE ¿Con tal de qué?...
RICARDO Con tal de que V. se resigne á cambiar el nombre de su difunto marido por el nombre que debe llevar mi señora.

CLOTILDE ¡Señor D. Ricardo!... pero esta es una declaración en regla...

RICARDO ¿Usted cree?...
CLOTILDE ¡¡Digo!!...

RICARDO Pues una vez que V. lo cree, soy de la misma opinión.

CLOTILDE ¿Sabe V., amigo mío, que tiene V. una manera bastante original de hacer la corte á una mujer?... Más de un año hace que nos conocemos y aunque nuestra intimidad date de época más reciente yo no podía presumir siquiera...

RICARDO No me extraña. Si hace un mes me hubieran dicho á mí que yo estaba enamorado de V. no lo hubiera creído.

CLOTILDE Y hoy...

RICARDO Hoy me reíría á carcajadas del que pretendiera probarme que no la amo á V. con locura.

CLOTILDE No comprendo cómo ha podido desarrollarse pasión tan extraordinaria.

RICARDO Pregúnteselo V. á esa chimenea.

CLOTILDE ¿Cómo?

RICARDO Esa chimenea es la culpable. Yo la conocía á V. de vista... lo cual ya es algo, porque la vista de V. es una cosa sumamente agradable; pero el luto de V. me tenía cerradas á piedra y lodo las puertas de esta casa. Afortunadamente la chimenea empezó á hacer humo...

CLOTILDE ¿Afortunadamente?...

RICARDO Usted pidió al casero que la librase de esa molestia. Yo penetré en este dichoso rincón. Conocí á V., nuestro trato fué de día en día más continuo y... y... Colorín colorado, mi cuento está acabado. Ahora á V. es á quien corresponde el uso de la palabra.

CLOTILDE Yo... yo siento por V. una amistad sincera... usted es el hombre más amable y discreto que conozco...

RICARDO (Hum! Mal principio.)

CLOTILDE Pero ni siento por V. otra cosa que amistad ni me remuerde la conciencia por haber contribuido...

RICARDO En una palabra, que mis proyectos y los de usted son completamente distintos. No prosiga V.... Haga V. cuenta que no he dicho nada y continúe V. guardándome mi puesto al lado de la chimenea.

CLOTILDE Usted no puede dudar que cuantas veces venga será bien recibido.

RICARDO Muchas gracias, Clotilde: en ese caso, vendré todos los días.

CLOTILDE ¿Todos?... ¿También si volviera á casarme?...

RICARDO Pero V. no piensa en eso.

CLOTILDE ¿Y si pensara?...

RICARDO Suplico á V. no eche á broma asunto tan grave para mí.

CLOTILDE El caso es... V. ha de saberlo un día ú otro...

RICARDO ¡Clotilde!... Pero no, no es posible... Nunca he visto nadie en casa de V. que pueda...

CLOTILDE En mi casa no; pero antes he dicho á V. que hoy esperaba á alguien...

RICARDO ¿Hoy?... Precisamente hoy... ¡No se puede negar que he estado oportuno!

CLOTILDE Vamos. No ponga V. esa cara... V. ha conquistado en mi corazón la parte de afecto de que yo podía disponer, y desde el momento que existe un compromiso anterior, no tiene usted motivo para considerarse desairado.

RICARDO La intención de V. es generosa; pero ¿quién podrá hacerme creer que ha elegido V. el día de la llegada del ausente para enharinarse el pelo?

CLOTILDE ¿Conoce V. á Eloísa Garralda?

RICARDO Sí, pero hace un siglo que no la veo por ninguna parte.

CLOTILDE Después de tres años de matrimonio, Eloísa, que entonces era de las mujeres más lindas de Madrid, cayó en cama con calenturas tifoideas y salió de la enfermedad con el pelo completamente blanco.

RICARDO Recuerdo haberlo oído contar.

CLOTILDE Su marido la adoraba. Mientras duró el peligro, su desesperación no reconoció límites. Eloísa se salva milagrosamente...

RICARDO Sus cabellos blanquean...

CLOTILDE Y el marido se cansa de la mujer y da principio á la larga serie de sus infidelidades.

RICARDO La verdad es que...

CLOTILDE ¿Cómo! ¿Será V. capaz de excusar á Garralda?

RICARDO Hasta cierto punto... hay que convenir...

CLOTILDE ¡Todos los hombres son Vds. iguales! ¿De qué le sirve á una mujer ser la fiel compañera, la amante cada día más cariñosa de su marido? La virtud, la bondad, la abnegación, todo esto nada significa para el corazón de Vds.: el color del cabello, la forma de la nariz ó de las manos, he aquí lo único capaz de mantener nuestro imperio. Seamos frívolas, imperitinentes, coquetas y el amor de Vds. no disminuirá, al contrario, puede ser que aumente; pero Dios nos libre de la primera cana, de una ligera erupción... ¡Son Vds. unos monstruos!



BEDUÍNOS EN DESCUBIERTA, cuadro de A. Schreyer



GOCES MATERNALES, cuadro de E. Lancerotto

RICARDO Perdona V., pero yo no creo ser en nada responsable de la conducta del marido de Eloísa Garralda.

CLOTILDE Conducta contra la cual no ha tenido V. una sola palabra de protesta. Señal indudable de que la encuentra lo más natural del mundo.

RICARDO Permítame V. que le diga...

CLOTILDE Tenga V. al menos el valor de sus opiniones, que son las de su sexo en general y que le llevan a considerar a las mujeres como un objeto de arte, como un animal más o menos bonito.

RICARDO Regla general: toda mujer que presume de cierta delicadeza de sentimientos se indigna al verse amada por su belleza y sólo quiere serlo por su alma.

CLOTILDE ¡Qué pretensión tan ridícula! ¿verdad?

RICARDO Yo no digo que sea ridícula, pero ¿qué hemos de hacerle si el hombre es un ser grosero a quien el amor entra por los ojos?

CLOTILDE Pues de eso precisamente es de lo que yo me quejo.

RICARDO Pero esa es una ley de la naturaleza a que la mujer no está menos sometida que el hombre, aunque ella piense otra cosa.

CLOTILDE ¡Qué infamia!

RICARDO Vamos, Clotilde, póngase V. la mano en el corazón y contésteme: si V. amase a un hombre y este hombre se le presentase un día tuerto ó cojo, semejante desperfecto - llámémosle así - ¿no modificaría un poco los sentimientos de usted?

CLOTILDE ¡Qué mal conoce V. a las mujeres! Cuando nosotras amamos a un hombre, sólo lo vemos a través de su inteligencia y de su corazón. Rara vez reparamos en si es rubio ó moreno, y ante una herida que destruyese su rostro, ante una desgracia que estropee su cuerpo, nuestro cariño crece y nuestra admiración redobla.

RICARDO Durante una semana.

CLOTILDE Durante toda la vida.

RICARDO Si yo pudiera someter a V. a la prueba...

CLOTILDE Si yo estuviese tan segura como de mí de que el hombre a quien espero triunfará de la que yo le preparo...

RICARDO ¿Insiste V. en hacerme creer que espera hoy a alguno...?

CLOTILDE Porque le espero y porque quiero probar hasta dónde llega su afecto hacia mí me he enharinado el pelo, como V. dice.

RICARDO ¿Quiere V. hacerle creer que su cabeza ha blanqueado durante su ausencia?

CLOTILDE Justamente, y si cuando nos veamos noto en él el menor gesto de desagrado, todo habrá concluido entre nosotros.

RICARDO ¿Está V. resuelta?

CLOTILDE Se lo juro a V. por lo más sagrado.

RICARDO (Entonces no desespere todavía.) ¿Me permitirá V. que venga a saber el resultado de la entrevista? Porque ya que V. no quiere ó no puede concederme otros, a los derechos de la amistad no renuncio.

CLOTILDE Gracias por esas palabras que no olvidaré nunca, suceda lo que suceda.

ESCENA II

Dichos, un criado por la puerta del fondo.

CRÍADO Señora, D. Julián Salcedo espera en la sala.

RICARDO (¿Salcedo?...)

CLOTILDE Está bien; dígame V. que tenga la bondad de aguardarme unos minutos.

ESCENA III

CLOTILDE Y RICARDO

RICARDO ¿Es... D. Julián Salcedo el pretendiente de usted?

CLOTILDE ¿Usted le conoce?

RICARDO Apenas. Sé que hace dos años fué a Filipinas en comisión del ministerio de Ultramar y...

CLOTILDE ¿Y qué?

RICARDO Nada; que... como sólo hace catorce meses que V. está viuda...

CLOTILDE Mis relaciones con Salcedo comenzaron en vida de mi marido, eso es lo que quiere usted decir, ¿no es verdad?

RICARDO Perdona V. mi impertinencia y permítame retirarme.

CLOTILDE No señor, ni debo dejarle a V. en esa falsa creencia, ni la estimación de V. es para mí indiferente.

RICARDO Es V. demasiado buena... pero... la espera a usted...

CLOTILDE La comisión que durante dos años ha tenido a Salcedo en Filipinas fué pedida por mí al ministro.

RICARDO ¿Por usted?

CLOTILDE Por mí que no desconocía el afecto que inspiraba y que comprendía que hay peligros con los cuales no debe jugar una mujer de bien.

RICARDO ¡Señora!... Perdona mi indisculpable ligereza.

Razón le sobra a V. para mirarme de hoy en adelante hasta con repulsión.

CLOTILDE Ha habido en su ligereza de V. algo que no me desagrada.

RICARDO No comprendo...

CLOTILDE Se ve al menos que mi honor no es cosa indiferente para usted.

RICARDO Ni su honor... ni su felicidad. (Muy marcado.)

CLOTILDE Ahora soy yo quien no comprende...

RICARDO Permítame V. que me retire...

CLOTILDE Explíquese V. antes.

RICARDO Conste que lo hago obligado por V. ¿V. sabía que a los dos meses de llegar a Filipinas el Sr. de Salcedo entró en relaciones con la hija de un rico comerciante?

CLOTILDE Lo sabía.

RICARDO Entonces...

CLOTILDE Yo no era libre entonces, y tengo motivos para creer que Salcedo buscaba en el matrimonio el olvido de otro amor desprovisto de toda esperanza razonable.

RICARDO Hay en el corazón de V. un fondo de indulgencia verdaderamente extraordinaria.

CLOTILDE Y en el de V. otro de severidad que yo me explico muy naturalmente.

RICARDO Sí, yo no puedo menos de aparecer parcial en esta cuestión... Pero crea V. que daría algo bueno por ser ahora su hermano, ó su tío de usted...

CLOTILDE ¿Qué quiere V. decir?

RICARDO No quiero decir nada... y para hacer mi voluntad me retiro. Ahora va de veras.

CLOTILDE (Saliéndole al paso.) Espere V. ¿Qué significan esas reticencias a propósito de un hombre que confiesa V. no conocer apenas?

RICARDO ¡Apenas!... ¡Apenas!... Si he dicho a V. que no quiero hablar.

CLOTILDE ¿De qué conoce V. a Salcedo?

RICARDO De haber sido padrino de su adversario en un duelo que se arregló sobre el terreno... sin que mi apadrinado ni yo tuviéramos en ello el menor interés, puedo asegurarlo.

CLOTILDE ¿Usted era testigo del brigadier Zaldívar?

RICARDO ¿Conoce V. la cuestión?

CLOTILDE En todos sus detalles. Toda la razón estaba de parte de su apadrinado de V., pero Salcedo no quería reconocerlo y sólo yo pude con vencerlo de la verdad y decidirle a presentar sus excusas a Zaldívar. No hay deshonra en reconocer un error y la conducta de Salcedo en aquellas circunstancias no es la prueba de cariño menor que me ha dado. Quizás el agradecimiento que sentí al ser obedecida me hizo comprender la necesidad de alejarle de España. No está V. afortunado en sus ataques a una persona que...

RICARDO A una persona que...

CLOTILDE Está esperándome hace largo rato, tiene usted razón. (Saluda y entra por la izquierda.)

ESCENA IV

RICARDO, solo

(Después de una pausa.) Le ama ciegame, eso salta a la vista, y fácil es de adivinar lo que ocurre en este momento. Apenas la vea con el pelo blanco torcerá el gesto el interesante seductor, y Clotilde se apresurará a decirle: «Tranquícese V., ha sido una broma; mi pelo continúa siendo negro como la endrina!» (Pausa.) Y vamos a ver, ¿qué es lo que yo espero aquí? El parte de boda indudablemente. Y quiero irme, y una fuerza superior a mi voluntad me clava en este gabinete... Aquí pondrá ese trasto su despacho que caerá precisamente encima del mío... Pasaré los días oyendo el insistente ruido de sus pisadas... En estas casas nuevas se oye todo... Se me prepara el suplicio de Tántalo corregido y aumentado... ¡Qué suerte la mía! No hay en el mundo más que una mujer que me guste... Y esa mujer gusta de un tipo como Salcedo... Tipo... Pchel... Acaso le juzgo con demasiada severidad... La explicación de Clotilde cambió un poco la cosa... Mal consejero es el despecho y en fin... En fin, aquí sobra uno y ese uno soy yo.

ESCENA V

RICARDO Y CLOTILDE que vuelve a entrar por donde salió, sin ver a aquél, atraviesa lentamente la escena y echa una tarjeta sobre la mesa.

RICARDO (Deteniéndose al ver a Clotilde.) ¡Ella!... ¡Qué aire tan pensativo...!

CLOTILDE ¿Es V., Ricardo?

RICARDO Poco ha durado la entrevista... (De pronto.) Es que... ¿es que el Sr. de Salcedo no ha encontrado de su gusto los cabellos blancos de usted?

CLOTILDE No... yo soy quien le ha suplicado que me deje ahora y que vuelva esta noche a tomar

el te conmigo... Después de todo lo que hemos hablado necesitaba un poco de calma y reposo... Crea V. que celebro encontrar a usted todavía.

RICARDO Crea V. que si no me he marchado...

CLOTILDE Quédese V., yo se lo suplico.

RICARDO ¿La victoria de V. no es completa si yo no la presencio?...

CLOTILDE Mi victoria... Ciertamente debería estar satisfecha del resultado de mi ardid y sin embargo...

RICARDO Sin embargo...

CLOTILDE Creo que estoy triste.

RICARDO Las grandes alegrías anonadan tanto como los grandes dolores.

CLOTILDE Y V. es el culpable de la situación de ánimo en que me encuentro.

RICARDO ¡Yo!...

CLOTILDE Todo lo que me ha dicho V. respecto de Salcedo me preocupa a mi pesar y...

RICARDO A mí también me preocupa, Clotilde, y crea usted que estoy bien arrepentido de mi severidad, que no puede reconocer otra causa que mis celos.

CLOTILDE ¿Está V. seguro de lo que dice?

RICARDO Y sinceramente deseo que lo esté V. también.

(Continuará.)

HÍSPALA Y SILVIA

(Conclusión)

Híspala, después de mirar un momento a la joven, le dijo:

- No te conozco.

- Toma, - dijo la joven, y alargó a Híspala un ánfora de cristal de Tebas, dentro de la cual se movía la mariposa descrita por Léntulo. Efectivamente, el cuerpo era de topacio, y las alas rojas como sangre.

Híspala se puso rápidamente de pie, y le arrebató el ánfora. En su transporte de júbilo, estuvo a punto de abrazar a la joven. Pero algo superior a aquel movimiento de entusiasmo la contuvo. La presencia de aquella mujer de severo aspecto, y que la miraba de hito en hito, producía en ella un efecto inexplicable. Híspala se limitó a decir, con acento de profunda desconfianza:

- ¿Quién eres tú, a quien yo no conozco, a quien yo no he visto nunca? ¿quién eres tú, que has conseguido hallar lo que yo tanto he buscado inútilmente? ¿Por qué ese interés?... No te conozco.

- Me conoces, y no me has visto nunca.

La mirada de Híspala se hallaba fija con tal intensidad sobre la joven, que parecía querer devorarla con los ojos. Pero la extranjera sostenía impasible aquella mirada, sin retroceder un paso ni cambiar de actitud.

- ¿Silvia? - rugió Híspala, con ese profundo instinto de adivinación peculiar de la mujer.

- ¡Sí! yo! - contestó la joven.

Aquellas dos mujeres se hallaban por fin frente a frente. La cortesana, rígida, inmóvil, pálida como la muerte, parecía adherida al lugar de la playa sobre que descansaban sus pies.

- ¡Híspala! ni las panteras te igualan! - dijo al cabo Silvia.

Híspala quiso hablar, y una convulsión nerviosa impidió la explosión de su cólera. Aquel espléndido organismo humano sufría espantosamente.

Silvia continuó:

- ¡Harto vengada estoy! Me incluiste en la lista de proscripción, y Octavio muere. Pero... ¿por quién?... ¿por tí?...

Palidez de muerte cubrió el rostro de Híspala; la sangre huyó de todas sus facciones; vaciló, y cayó en la arena de la playa. Algo como un resto de conocimiento le hizo no romper en la caída el ánfora de Tebas.

Silvia acarició el pomo de oro de un puñal que llevaba oculto entre los pliegues de su túnica, y dijo mirando a la altura:

- ¡Padre!... ¿dónde serán ahora mayores los tormentos de esta mujer; en el profundo Cócito, ó en la tierra?... ¿La mato?... ¡No! ¡que viva!

Las esclavas hallaron, ya de noche, a Híspala, sin sentido, sobre la arena de la playa.

XIII

De los artesanos pendía una lámpara de bronce que derramaba en la estancia tibia luz, tamizada por dos hojas de talco; en una estaba dibujada a buril una figura del padre de los dioses, y en la otra una de Mercurio, que rige los sueños y las sombras.

Sobre el lecho, y sumido en profundo sopor, yacía Octavio, cuya palidez lo asemejaba mucho a una estatua.

En un ángulo de la habitación ardía el fuego sagrado en un trípode de bronce; sobre una mesa de mármol se veía el ánfora de cristal de Tebas con los últimos restos de una poción encantada hecha por Léntulo; próxima a la copa había una artística urna de plata llena de agua lustral.

Sería media noche, cuando un hombre entró en la habitación. Era Póstumo, que acababa de llegar de Roma. Por un mensaje secreto de Nestor había sabido la causa

de la enfermedad de Octavio. Ordenes secretas para Nestor le habían precedido.

Aproximóse Póstumo al lecho, y estuvo contemplando algún tiempo al joven; posó el índice sobre las sienas del enfermo, y observó sus febriles latidos. Sobre los párpados de Octavio y al rededor de su boca se dibujaban ya las líneas precursoras de la muerte.

El Cónsul murmuró:

- Tarde me avisó Nestor; - y comenzó á pasear por la estancia, baja la cabeza y cruzados los brazos sobre el pecho. - ¡Esa pasión acaba con Octavio!...

Nestor entró.

- Ahí está Silvia.

- Que venga.

XIV

Silvia entró, y Póstumo le dijo:

- Mira tu obra: se muere por tí.

Silvia miró al lecho, y exclamó con voz que los sollozos hacían insegura:

- ¡Verdad!... ¡no me engañó!

Póstumo añadió:

- Léntulo ha sabido á última hora

que Octavio se moría de amor por tí. No espera ya salvar esa vida que tan querida me es; pero dice que si hay una esperanza de salvación, consiste en que tu alma pase en tus miradas á la mirada de Octavio. Ten lástima de él, ten lástima de mí. Silvia, míralo; por tí se muere de amor; por eso te he mandado buscar. ¿Quieres pasar tu alma en tus miradas hasta el alma de Octavio?

Silvia dijo:

- Los dioses saben que, lejos de tratar yo de dominar á Octavio por el amor, he huído siempre de él, siempre. Pero ¡plegue á los dioses que mi juventud y mi vida pa-

sen en mi mirada hasta el alma de Octavio! ¡Dioses inmortales! ¡mi vida por la suya!

Silvia se acercó al lecho, y miró al enfermo; tomó después una de sus manos, y lo llamó por su nombre.

El joven abandonó la región de los sueños; entreabrió sus párpados, y su mirada vagó errante hasta reconocer á Póstumo. Sonrió penosamente á su tío, quien le devolvió con cariñoso gesto aquella sonrisa. Octavio dejaba su mano abandonada entre las de Silvia, á quien tomaba por Híspala. Al fin dijo con voz débil:

- Te has dignado abandonar á Roma por venir á ver-

grimas corrieron en torrente.

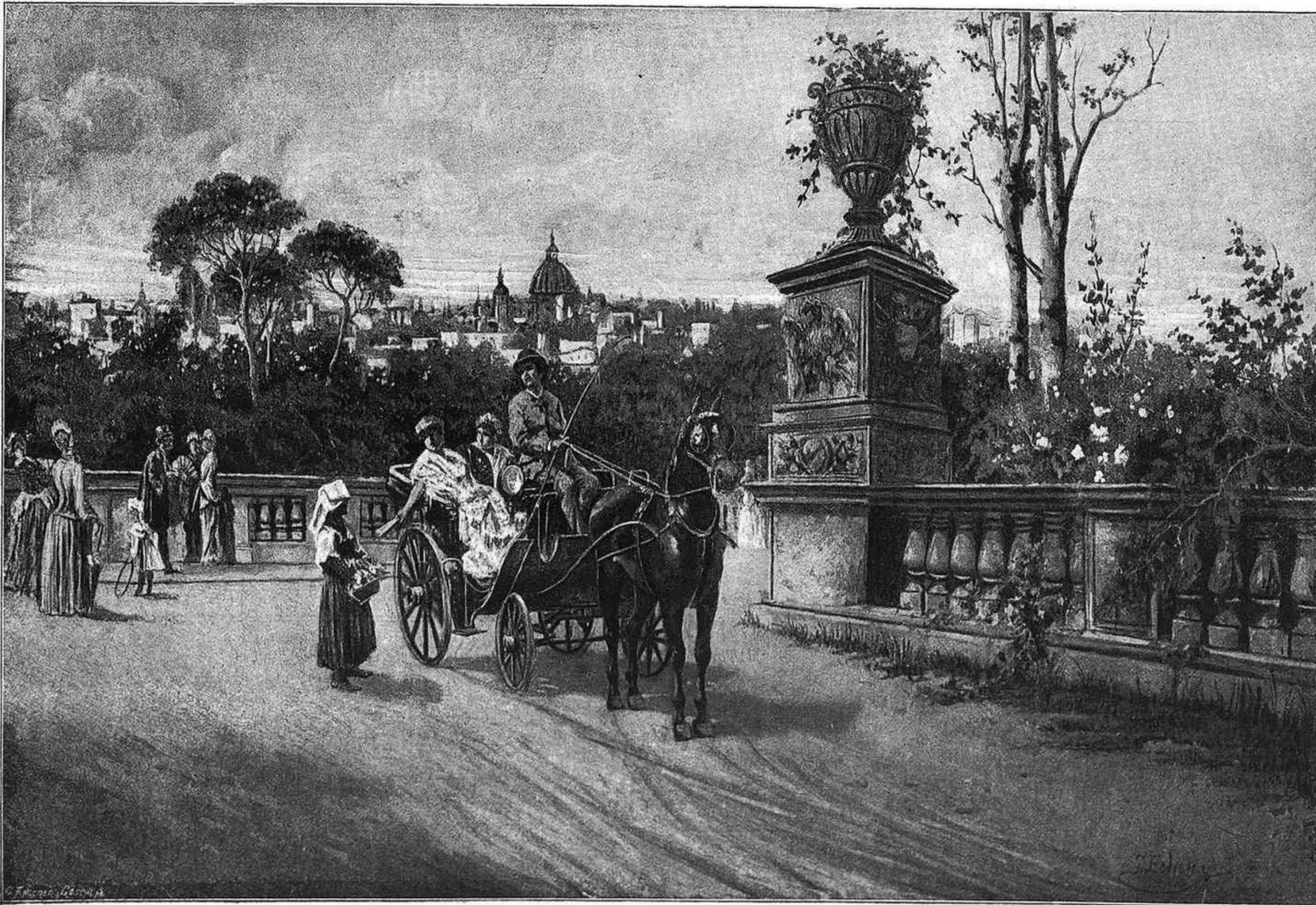
Reinaron algunos segundos de doloroso y lúgubre silencio.

- ¡Octavio!! ¡Octavio!! - gritó al fin Silvia con desesperado acento. - ¡Yo te amaba!! ¡Yo huía de tí, pero era tuya!! ¡Yo huía de tí, pero te amaba con pasión!! ¡Octavio!! ¡Octavio!! ¡espérame!! ¡yo no tardaré en unirme á tí en las serenas regiones de la muerte, donde me aguarda también mi padre!!

Y estrechaba frenéticamente á Octavio, y besaba con pasión aquella lívida frente.



EL BARBERO, cuadro de A. Jiménez



UN PASEO EN ROMA, cuadro de J. Echena

me. Pero... ¿por qué tiembles así, Híspala?

Al mismo tiempo, su mirada se encontró con la de la joven.

Resonó un grito.

- ¡Tú!! - exclamó.

- ¿Vosotros aquí, juntos, á mi lado, Silvia y Póstumo?... ¡Silvia! ¡Silvia!... ¿eres tú? Mercurio, yo te pido que este sueño no me abandone; dile que no huya, que su imagen me acompañe hasta las riberas de la Estigia.

- ¡Octavio!! - repitió Silvia.

Y después de pasar su brazo al rededor de la cabeza del enfermo, la estrechó dulcemente contra su pecho. El joven murmuró con voz desfalleciente y de una dulzura indefinible:

- ¡Qué felicidad! salir de la vida acompañada de tu imagen.

Octavio dejó caer la cabeza sobre el seno de la joven, buscó á tientas la mano de Póstumo, y exhaló el último suspiro.

Silvia lo estrechó dulcemente contra su corazón, y cuando estuvo convencida de que el espíritu que animara á aquel cuerpo había huído de él para siempre, sus lá-

XV

Hispala apareció a la puerta de la estancia. Imposible describir la expresión infernal y dolorosísima a un mismo tiempo que se pintó en el rostro de aquella mujer ante el cuadro que se ofrecía a su vista. Sus desencajados ojos se fijaban alternativamente en el semblante cadavérico de Octavio, y en el de Silvia, quien no dejaba de estrechar al joven contra su pecho.

Póstumo, transido de dolor, y considerando una profanación la actitud de Silvia, dió un paso hacia ella, con objeto de separarla de Octavio. Pero la joven, que comprendió la intención de Póstumo, estrechó más y más a Octavio contra su corazón, y gritó con desesperado acento:

— ¡Es mi esposo!! ¡es mi esposo, y no hay ya poder en el mundo que de él me separe!! ¡Es mi esposo, y voy a unirme a él para siempre! Póstumo, ¿de qué te sirve regir los destinos de Roma, si has sido el juguete de una mujer?... ¡Póstumo! tú y esa mujer habéis causado mi inmenso infortunio... ¡Adiós, Hispala! voy a saludar en tu nombre a las furias infernales!!

Al pronunciar estas palabras, y antes de que Póstumo hubiera podido evitarlo, sacó de entre los pliegues de su vestidura el puñal de pomo de oro, y lo hundió rápidamente en su corazón. Su hermoso cuerpo cayó vertiendo sangre al lado del de Octavio.

Hispala, que hasta aquel momento había permanecido como petrificada, salió de pronto del estupor en que se hallaba sumida, y se abalanzó furiosa sobre el lecho, mientras gritaba con voz ronca:

— ¿Junto a él? ¿Tú?... ¡nunca!! ¡nunca!! ¡¡¡ni muerta!!! ¡¡¡Lejos!!! ¡¡¡lejos de él!!!...

Y arrastró el sangriento cadáver de Silvia hasta separarlo por completo del de Octavio.

El horror trágico de aquella escena pesaba de tal modo sobre Póstumo, que lo redujo a la condición de autó-mata.

Hispala, con el cabello suelto y en desorden, manchadas de sangre las manos y la blanca túnica que vestía, estaba con una rodilla en tierra junto al cadáver de Silvia, que devoraba con sus ojos de loca. De pronto, se inclinó sobre ella; su mano convulsa arrancó el puñal que permanecía clavado en el seno de la joven, y gritó aún con más fuerza, mientras blandía el puñal en su crispada diestra:

— ¿Unirte tú a él? ¿Tú?... ¡nunca!! ¡nunca!! ¡¡¡ni muerta!!! Te perseguí ante el Cónsul... ¿Crees haber escapado a mi persecución? ¿crees que vas a unirme a él?... ¡Nunca!! ¡nunca!! ¡¡¡ni muerta!!! Voy tras de tí... voy a perseguirte ante el rey de los infiernos... ¡¡¡Ampárame, Plutón!!!

Hispala hundió rabiosamente en su pecho aquel puñal tinto aún en sangre, y su cuerpo, al desplomarse, se interpuso entre los de Silvia y Octavio.

J. TORRES Y REINA

LA EXPLOTACIÓN DE LAS MINAS

EN EL TRASCURSO DE LOS SIGLOS

(Conclusión)

IV. — EL PROGRESO EN LAS MINAS. — Si la electricidad no ha logrado aún disipar de los ojos de los obreros las tinieblas, que con frecuencia oscurecen su inteligencia y los hacen presa de los trastornadores demagogos, a lo menos ha prestado ya un gran servicio, pues ha permitido que se aumente la eficacia de varias sustancias explosivas, cuyas admirables propiedades conocerán ya nuestros lectores; y aunque algunos desgraciados hayan llegado en ocasiones a desviar tan preciosas materias de su cauce legítimo y natural, las catástrofes que han ocasionado no tienen ninguna importancia, si se comparan con los grandes resultados que se obtienen con el empleo de la dinamita, desde que se sabe manejarla con precaución y sobre una elevada escalera, y se conoce el arte de aumentar sus resultados haciendo instantánea la explosión de cualquier número de cartuchos.

La ejecución de las colosales empresas de obras públicas que, como la abertura del Monte-Cenis, del istmo de Panamá y del túnel de la Mancha, colocan a nuestro siglo en un lugar elevado en la historia, se debe, a todas luces, al buen empleo de los metales usuales y de la hulla, ó sea a los medios de fuerza que la industria minera obtiene de las entrañas de la tierra.

En compensación de esto, los procedimientos mecánicos empleados por inteligentes ingenieros para transportar la fuerza motriz, creada en la superficie de la tierra con ayuda del aire comprimido ó de la electricidad, al interior de las minas más profundas, permitirán disminuir la suma del trabajo manual que se necesita para sacar a la superficie los tesoros escondidos en las capas que los griegos y los romanos creyeron inaccesibles.

En la fig. 1 presentamos el corte de una mina de varios pisos, en cada uno de los que tienen los obreros máquinas perforadoras, y que hemos sacado del *British Mining*, preciosa obra que acaba de publicar M. Robert Hunt, uno de los maestros del arte.

A pesar de la pequeña escala que nos hemos visto precisados a adoptar, podrá el lector formarse idea de la fa-

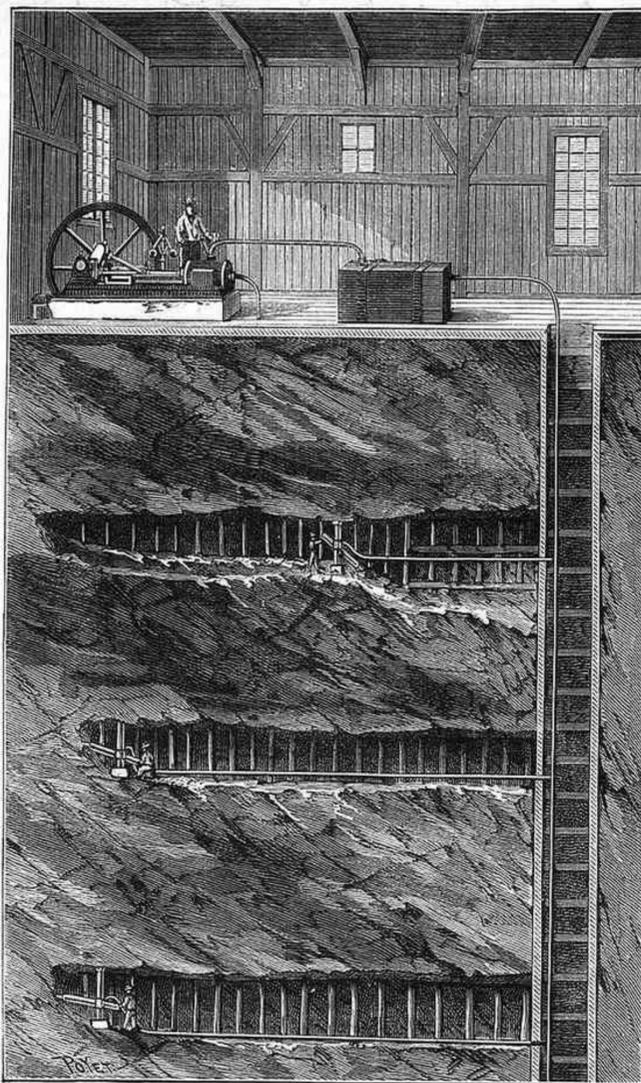


Fig. 1.—Corte de una mina moderna de hulla, de varios pisos

cilidad con que se hace el trabajo. Es cierto que semejante instalación, que tan considerables capitales exige, no puede presentarse como modelo en una época en que las catástrofes sociales son tantas como las calamidades naturales que los ingenieros tienen que vencer; su arte, que logra dominar el agua, el mar y los gases, es importante para luchar contra las tempestades que las doctrinas socialistas levantan en el alma crédula de los trabajadores y de las que, por lo general, son las primeras víctimas.

El uso del aire comprimido tiene la gran ventaja de llevar consigo el oxígeno, tan necesario para la respiración, y de contribuir al descenso de la temperatura, tan elevada en ciertos casos que los obreros tienen que quitarse sus ropas aun cuando estén trabajando *tendidos* ó de *costado*. Este modo de trasportar la fuerza motriz contribuye indirectamente, por lo tanto, a la solución del problema vital, llamado ventilación, sin la cual hace muchos años que no existirían mineros. Y verdaderamente, los hombres, merced a los adelantos de la ventilación, no

han encontrado aún límites infranqueables en la conquista del Diamante negro; así que se citan minas descubiertas debajo del mar en las que se oye el ruido espantoso que producen las rocas rodadas por las olas y movidas por el esfuerzo continuo é incesante de las mareas.

En el estado actual de la industria minera, la causa más frecuente de catástrofes es el desplome de las galerías que no están bien apuntaladas; y tales desplomes son las calamidades más terribles que pesan sobre los obreros, pues, a no perecer aplastados, corren el riesgo de quedar encerrados, sin auxilio ninguno, en una cavidad oscura en donde perecerán lentamente con la muerte de los hambrientos del polo norte ó de los reclusos. Por desgracia, la mayor parte de las galerías provisionales que se abren, se apuntalan con madera, en vez de efectuarse con mampostería ó sillares, como se hace en las grandes galerías que han de ser permanentes.

Uno de los mayores adelantos que podrían llevarse a cabo, sería la separación de los servicios de la extracción de la hulla y del apuntalamiento; pues, no teniendo siempre el obrero el sentimiento de su responsabilidad, se siente muy inclinado a descuidar su seguridad personal, y halagado con la esperanza de ganar a la semana un jornal mayor, se expone a horrosas heridas ó a una muerte segura.

Por otra parte, la negligencia del hullero acarrea al explotador de la mina los más fatales resultados, porque los dueños de la superficie están en acecho de los más pequeños descuidos para echarse encima de la Compañía que se encuentra a su disposición merced a leyes draconianas, cual es la bárbara legislación vigente que dispone que el poseedor del suelo recibirá en compensación una indemnización igual al duplo del valor de la tierra ó de sus inmuebles, sin tener en cuenta la mayor importancia que una explotación minera da al suelo y a los edificios que en él se encuentran.

No conoce el minero que, sin pensarlo, se hace cómplice del derecho de propiedad en su más rígida expresión, ni que su interés es solidario con el de sus patronos.

El interés que naturalmente está frente al suyo, es el de los tenderos que procuran ponerlo en pugna con las leyes económicas y le alejan de las sociedades cooperativas de consumos, tan numerosas entre los mineros ingleses merced a los esfuerzos de nuestro amigo M. F. Q. Holzlake, el apóstol de la cooperación en Inglaterra.

Por este cambio comenzó el conflicto, por desgracia muy reciente y que formará parte de la historia, conocido con el nombre de huelga de Decazeville, cuyas peripecias no nos proponemos referir. Mas no podemos terminar nuestra ligera reseña sin dar a nuestros lectores una vista del aspecto industrial de esta inmensa población, abierta en condiciones excepcionales, por unirse en ella los fuegos subterráneos a las grandes dificultades que tienen que vencer los ingenieros para impedir la completa destrucción de las riquezas minerales de la comarca.

En la figura 2 puede verse el lugar destinado al

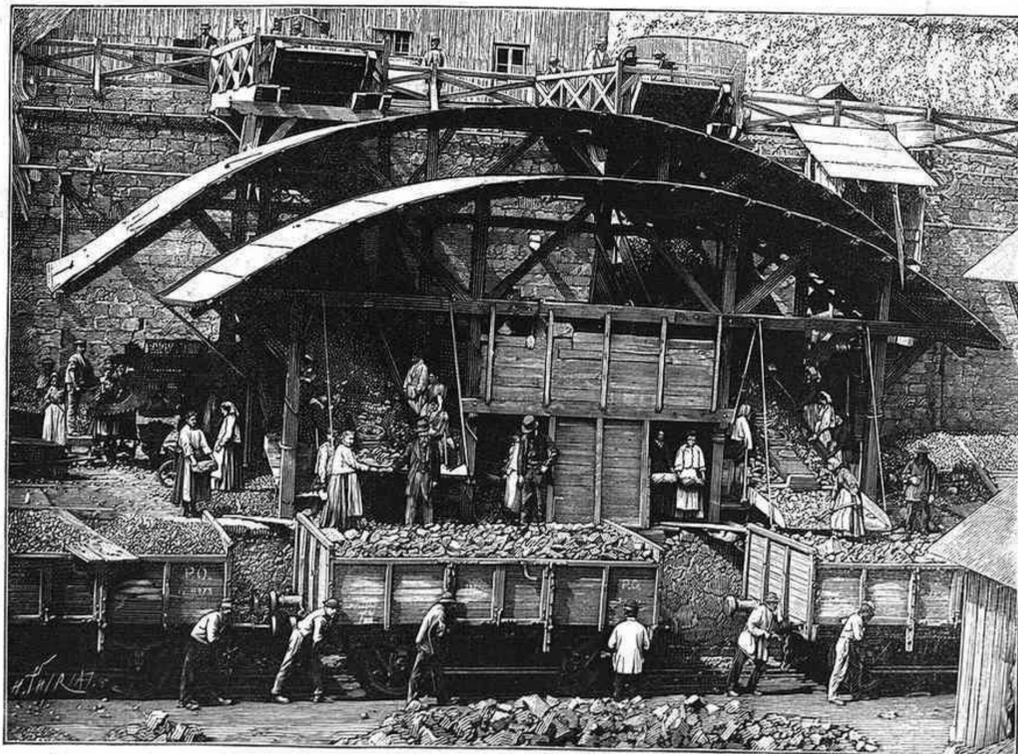


Fig. 2.—El apartado del carbón en Decazeville (Aveyron)

apartado del carbón y a la carga del mismo en los wago- nes destinados a trasportarle con ayuda de la red de vias férreas. El dibujo que acompañamos, tomado de una buena fotografía, nos dispensa de otra explicación, si bien debemos decir que este trabajo, nada pesado ni molesto,

le hacen mujeres a quienes por una ley sabia y humanitaria está prohibido el trabajo interior de las minas, y que ganan un salario mayor que el que obtienen las mujeres dedicadas a las faenas agrícolas.

W. DE FONVIELLE

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN